

EL SENTIMIENTO ANGLOFILO DE PEREZ DE AYALA EN «HERMANN, ENCADENADO»

EXISTE un período en la vida de Ramón Pérez de Ayala no muy conocido aún y, sin embargo, especialmente jugoso: el correspondiente a la I Guerra Mundial, 1914-1918.

Recordemos algunos detalles. Pérez de Ayala había visitado Gran Bretaña en 1907-08 y vuelto impresionado por la idiosincrasia liberal británica: a partir de este momento, y por el resto de su vida, será anglófilo convencido. Más recientemente, en 1913, ha conocido los Estados Unidos, país cuya democracia civil le ha fascinado.

Al estallar la conflagración europea, pues, pone inmediatamente la pluma al servicio de la causa aliada, igual que hará la mayor parte de sus compañeros de generación novecentista. Publica una gran cantidad de enjundiosos artículos, defendiendo los ideales que toma como suyos, en el diario *La Prensa* de Buenos Aires, y en las revistas *España*, *Iberia*, *Nuevo Mundo* y *La Esfera*. Por otro lado, firma las palabras de adhesión de un grupo de intelectuales españoles a la causa francesa publicadas en el *Echo de Paris* (9-II-15). Pone prólogo a *Por encima de las pasiones* versión castellana del famoso alegato pacifista de Romain Rolland. Redacta el resonante "Manifiesto de adhesión a las naciones aliadas" que publica la revista *España* (9-VII-15) y otras. Suscribe el manifiesto de la Liga Anti-germanófila (*El Liberal*, 6-I-17) y, al final de la contienda, el de la Unión Democrática Española para la Liga de la Sociedad de Naciones Libres. Por



último, pone su efímera empresa editorial, la Biblioteca Corona, al servicio de la causa aliada: *Las mariposas de oro* (novela militar alemana), *El señor de las batallas* (selección de dichos y sentencias del Kaiser), y *Pangermanismo*, de Roland G. Usher, son algunos de los ligros germanófilos lanzados en estos años por la editorial.

En las líneas que siguen se comentará, en fin, *Hermann, encadenado*, producto periodístico y literario de uno de los hechos más significativos de su actuación aliadófila, la visita al frente italiano en plena guerra. El comentario se hará bajo el prisma de la anglofilia de Pérez de Ayala, sentimiento en él tan arraigado que ocupa un lugar destacado en la obra —desgraciadamente muy olvidada— que dedica específicamente a Italia y su lucha con los Imperios Centrales.

En 1917 ve la luz pública el libro de 225 páginas titulado *Hernán encadenado. Notas de un viaje a los frentes del Isonzo, la Carnia y el Trentino*. La obra, fechada en "Italia, 1916", recoge una serie de crónicas publicadas en *La Prensa*, de Buenos Aires, en setiembre, octubre y noviembre de 1916 (1). Con esta obra, Ayala inaugura un nuevo género en su actividad literaria: el de corresponsal de guerra. Ello supone la culminación militante de sus sentimientos aliadófilos.

La obra, en efecto, está escrita "en memoria de las víctimas innumerables e innumerables que en las sedientas rocas del Carso y en las crestas esquivas de Carnia y Trentino derramaron la fértil sangre y dieron la vida generosa por la redención de las fraternas tierras y por la libertad civil del mundo". Ayala visita los frentes francés e inglés (ambos en territorio galo) y, sobre todo, el frente alpino italiano (El Carso, Carnia, Trentino), invitado por el gobierno de Roma. Su mujer, Mabel, se encuentra en París, y hasta la capital francesa se desplaza Ayala de vez en cuando. Su vida es la de un corresponsal de guerra, dura y movida:

Durante esta temporada de ausencia de España he andado más ajetreado que nunca, levantándome la mayor parte de los días a las 6 de la mañana y yendo de un sitio a otro en automóvil, en mulo o a pie. Ha habido días que hice más de 400 kilómetros en automóvil y muchos otros me cargué mis buenos 15 y 20 kilómetros a pie. Físicamente estos excesos me senta-

(1) El libro, con el título *Hermann, encadenado*, conocería una segunda edición, ampliada (Madrid, Renacimiento, 1924, 275 pp.) y sería recogido en las *Obras Selectas* (Barcelona, AHR, 1957), pero no así en las *Obras Completas* del escritor.



ban muy bien. Volvía por las noches rendido como puedes imaginar (CRA, 190).

Reconoce Ayala que el viaje es "el más interesante, emocional e instructivo" que ha hecho en su vida. Fruto literario del mismo son las crónicas de guerra, transmitidas por cable al diario bonærense y más tarde recogidas en el libro aludido. Fueron escritas "cotidianamente en la alta noche, hurtando horas al sueño", y el propósito de las mismas es el siguiente:

Las páginas que siguen están constituidas por simples notas de viaje. Junto con la anotación en el papel de los datos que me proporcionaban los sentidos, señaladamente los ojos, y algunas ideas, quizás demasiadas, de esas que bajo la impresión del momento se esbozan fugitivas en la superficie de la conciencia, como las arrugas innumerables que el viento dibuja en la epidermis del agua, me preocupé de hacer constar un sentimiento permanente y hondo, de tan hondo casi inefable; mi amor y anhelo, por igual participados, hacia el impulso vital y libre, sublime barbarie, y hacia la norma clara y eterna, clasicismo severo, que entrambos objetos de veneración creía verlos encarnados en la Italia, al par belicosa y pacífica (HE, 9).

A lo largo de *Hermann, encadenado*, Ayala no deja de ser el escritor refinado y culto esteta de siempre. El libro está lleno de patriotismo europeísta, representado como fervor por la causa aliada; pero junto a las patéticas descripciones de los campos de batalla y el tronar de los cañones, encontramos maravillosas páginas dedicadas al arte y la cultura italiana. No es ajeno el libro, como cabría esperar, a lo que aquí interesa específicamente: el espíritu inglés. El británico Addison sale a colación en el primer párrafo de la obra:

Llego a Módena, ciudad fronteriza de Francia, en una lluviosa mañana de septiembre. Por tercera vez piso la tierra sagrada de Italia. Addison decía que sólomente se podía vivir de asiento en dos países: en Inglaterra, por ser el país de la libertad, y en Italia, por ser el país de la belleza (HE, 15) (2).

(2) Ayala se refiere a una hermosa, aunque poco leída obra del gran periodista inglés: *Remarks on Several Parts of Italy*, de 1705. El Ayala embajador en Londres habrá de referirse a España como el país "de la libertad y de la belleza".



Páginas más adelante, Ayala expone, una vez más, su filosofía normativa, que pone en relación a las antiguas culturas grecolatinas con el mundo anglosajón contemporáneo:

Tampoco erró Addison en lo que toca a Inglaterra, el país de la libertad. Pero añado que yo tengo a Inglaterra por el más poderoso país latino de la hora presente. Se me atajará con que es grande desatino. Respondo que el origen de un pueblo poco influye en su naturaleza. La promiscuidad y confusión de las razas europeas son tales que apenas si cuenta el origen étnico de los pueblos. A ninguno le es lícito alardear de limpieza de sangre. No cuenta el origen de un pueblo: lo que cuenta son las normas por que se conduce, y el fin hacia donde las endereza. Conforme este criterio, fuerza es considerar el imperio británico como trasunto fiel e intencional del imperio romano. Emerson observó que los ingleses son los romanos de nuestros días, hasta en el perfil del rostro. Y en 1849, Lord Palmerston hizo inglesa la frase ritual del patrio orgullo romano, en un famoso discurso que en los fastos parlamentarios británicos, y en los anales del derecho internacional, se conoce por "el discurso del *cives romanus sum*" (HE, 16) (3).

Rara es la ocasión en que el intelectual Ayala no racionaliza sus pensamientos o sus actos. En el caso que nos ocupa, el proceso —que, psicológicamente para Ayala es totalmente válido— es el siguiente: el Ayala clasicista proyecta su admiración por Roma hacia el Ayala anglófilo, el cual, a su vez, vuelve sus filas hacia Italia. Todo ello en virtud de la adhesión a una *norma* cultural inalterable a lo largo de la historia.

Así, un punto de contacto entre Italia e Inglaterra, según Ayala, sería el sistema político: gracias a la casa de Saboya había fraguado la unidad italiana, cuyos apóstoles y campeones —enfervorizados en el recuerdo de la antigua Roma— eran primordialmente republicanos, y al poco echaron de ver que el primer republicano de Italia era precisamente el rey. Todo ello lo encuentra Ayala similar a la situación inglesa:

(3) Ayala habría de volver sobre estas ideas en varios artículos de Francia y Argentina. Lord Palmerston (Henry John Temple, 1784-1895), por otra parte, es el famoso político inglés, varias veces y durante largos periodos secretario de relaciones exteriores y primer ministro, bajo el reinado de Victoria.



Hoy no hay ya republicanos en Italia, como no los hay en Inglaterra. Y es que, a veces, de monarquía a república no hay sino la diferencia en el nombre, que no en la forma de gobierno. Inglaterra e Italia son más republicanas que una república del Centro de América (HE, 35) (4).

Hay, también, otro parangón entre Italia e Inglaterra, esta vez concretizado en el carácter de la república de Venecia. Según Ayala, esta república histórica tiene una serie de características sólo compartidas con Inglaterra: en Venecia no hubo feudalismo, sino "república civil". Su aristocracia, antigua y poderosa, no fue feudal ni guerrera, sino pacífica, próspera y gobernadora, empeñada en "hallar un sentido profundo a la vida". Venecia era una nación industriosa y activa, inclinada a los viajes y enamorada del mar, amiga de las artes y las ciencias. No tuvo ejército, recurriendo a la figura de los condotieros mercenarios cuando las circunstancias lo precisaban. "Para buscarle un parangón —concluye Ayala— sería menester comparar a la Venecia medieval y del Renacimiento con la Inglaterra moderna, antes de 1914" (HE, 164).

Roma, prosigue Ayala, había dominado y civilizado a todos los pueblos occidentales, menos a uno. Ese pueblo, "hostil, refractario y contumaz a la cultura latina", era la Germania. De donde se desprende el paralelismo antagónico entre Alemania (nación, para Ayala, corrompida, materialista, amoral, militarista, prototipo en suma de barbarie), e Inglaterra, la otra cara de la moneda cultural:

El país más civil de Europa, antes de la guerra, era Inglaterra. En materia de costumbres, Inglaterra goza renombre no sólo del país más puro sino del más puritano. En Inglaterra no había servicio obligatorio ni la ley admite el ejercicio de la prostitución. En estos dos extremos, Inglaterra se diferenciaba del resto de las naciones europeas. Los extranjeros que visitaban Inglaterra, no acertando a concebir tan extremada moralidad, habían dado en tachar de hipocresía las costumbres inglesas.

(4) La afirmación es típicamente posibilista: en 1918 Ayala estaría estrechamente vinculado al partido reformista de Melquiades Alvarez (Vid. Maximiano García Venero, *Melquiades Alvarez. Historia de un liberal*, Madrid, Alhambra, 1954, pp. 314 y 320). Por otra parte, los asistentes a la proyección de un documental de guerra le parecen a Ayala, por sus reacciones, ingleses: "Cualquiera diría que el público no es italiano, sino inglés" (HE, 41).



Aunque así sea. La hipocresía supone un alto sentido moral, es el homenaje que el vicio rinde a la virtud, según dijo La Rochefoucauld (*HE*, 27).

Bajo tal contexto general se desarrolla el libro. La vida en el frente de combate proporciona a Ayala diversas ocasiones para traer a colación a los ingleses. Mantiene una conversación con un oficial acerca de Lord Northcliffe y su visita al frente. Este, nos hace saber Ayala, no tenía en gran estima al ejército italiano, pero pronto hubo de cambiar de opinión ante la evidencia de los hechos, lo cual queda patente en el telegrama que sobre la dureza del frente italiano envía al *Times* (*HE*, 62) (5). En Udine, sede del Cuartel General italiano, se encuentra con "una señorita, algo tallada, corresponsal de un gran diario inglés" (*HE*, 59). También trata, en el frente, con un inglés, Mr. Prize, corresponsal gráfico del *Illustrated London News*, y con el arquitecto neoyorquino Mr. Whitney Warren. Como dato curioso, unos soldados italianos atrincherados le muestran un papel impreso con advertencias y consejos para la vida en las trincheras, que Ayala traduce al español y comenta en una de sus crónicas (*HE*, 96). Tales consejos procedían de un original inglés. Nos da Ayala, en fin, una breve versión impresionista de los americanos e ingleses que se encuentran en Venecia:

A ambos lados de los gabarrones, atracaban alineadas las góndolas, tripuladas sobre todo por inglesas y norteamericanas melancólicas y por ingleses enjutos, de perfil aguilero y herético, como benignas esfinges, recostados sobre los riñones, casi en decúbito (*HE*, 259).

Es digno de ser destacado un artículo sobre el viaje a Italia que Ayala publica en *España* de 16-II-17, titulado "Coloquio con un inglés" (6).

(5) Lord Northcliffe (Alfred C. W. Harmsworth, 1865-1922) es el hombre que ha pasado a la historia como fundador del moderno periodismo popular inglés, creando el *Daily Mail* (1896) y transformando en grandes éxitos otros varios periódicos que estaban al borde de la bancarrota. Por la época en que escribe Ayala, Northcliffe había llegado ya a la cumbre de su carrera controlando el prestigioso *The Times*.

(6) Ayala había publicado en *La Prensa*, 1 y 2-I-17, los artículos titulados "Coloquio con un inglés" y "Continúa el coloquio con un inglés". El que conviene más: observaciones sobre la psicología británica es el primero, y éste es el que Ayala reproduce en *España*. El Dr. Florencio Frieria, de Oviedo, me ha procurado amablemente acceso a este último artículo, que no está recogido en volumen.



Cuenta el escritor una conversación suya con un oficial de marina británico, en el viaje desde Módena hasta Turín. Casi no hace falta decir que el artículo es una apología, algo exagerada, del carácter inglés. Es curiosa la comparación que realiza entre la psicología de ingleses y castellanos:

Sólo hay otra raza que en parsimonia y distinción se asemeje a la inglesa, y es la castellana, señaladamente en los hombres de campo. La alacridad y viveza de otros pueblos hispanos y de otros pueblos latinos no caben en el campesino castellano. Esta cualidad en que coinciden inglés y castellano lleva diferente nombre, según de quien se trata: si del inglés, flema; si del castellano, pereza. Aplicándole un nombre más comprensivo, diríamos serenidad o igualdad de ánimo, "ecuanimidad". Al castellano, la ecuanimidad le hace aceptar los reveses con estoicismo, por donde poco a poco ha venido en perder la voluntad. Al inglés, la ecuanimidad le ayuda a corregir fríamente los reveses sufridos, por donde ha llegado a ser el hombre de voluntad más constante. Ahí está la diferencia.

Son también interesantes otras varias afirmaciones de parecido tenor: la sonrisa "sutil, socarronería celada, perfidia cauta y fina zumba" que percibe en el citado oficial y en todos los ingleses en general, le recuerda, por su complejidad, "la sonrisa enigmática de la Gioconda", y de esta expresión "sutil y enigmática", dice, puede haber nacido "la acusación injusta de pérfida Albión". Todo ello lo relaciona con el humorismo:

Las primeras veces que se tiene ante sí esta especie de expresión maliciosa y desconcertante, uno piensa: "ese hombre por dentro se está riendo de mí y de todo". Luego resulta que el usufructuario de esta expresión complicada es un corazón sencillo, cándido y bondadoso, dispuesto a considerar el mundo como un espectáculo tristemente divertido, pero incapaz de reírse de nadie con mala intención. Cuando se hace este descubrimiento, se ha aspirado la última esencia de la civilización inglesa, se ha recibido la intuición del humorismo.

Sorprende comprobar cómo las palabras que Ayala dedica al humorismo, ambiguo y escéptico, de los ingleses, pueden aplicarse a él mismo,



al Ayala de la "risa entre buena y mala", como notó Valle-Inclán, sin forzar el párrafo en absoluto: no deja de ser una prueba más de lo hondo que ha calado Inglaterra en el escritor, incluso a nivel de su propia manera de ser. Sigue Ayala su conversación con el inglés (aunque el que "habla" es casi solo éste): los ingleses, en realidad, están luchando contra una Alemania que no les amenaza a ellos directamente y de esta guerra, como de otras anteriores, no van a sacar ningún provecho material o territorial, contrariamente a los demás países aliados. Finaliza el coloquio con las siguientes palabras del inglés:

Europa está con nosotros, o nosotros estamos con Europa, porque nuestra conveniencia y la conveniencia de los más se coordinan en una común conveniencia. Ciertamente que no damos nuestra palabra de honor sin antes pensar si nos conviene; esto es, si nuestra conveniencia es la conveniencia de los más, y en tal caso sabemos que realmente es nuestra conveniencia. A los ingleses nos enseñan de niños que nada puede convenirnos que al propio tiempo no les convenga a todos. El error funesto de Alemania ahora, como de Francia y España en otros siglos, estriba en estimar como propia conveniencia aquella que no se compagina con la conveniencia de los demás.

Considerando ya *Hermann, encadenado* desde un punto de vista más propiamente literario, puede afirmarse que no cede esta obra ayalina a otras de su autor en espíritu anglófilo. Ya vimos la mención a Addison. Ayala relee a su "estético inglés" favorito, Ruskin, en Venecia, y le trae a colación a propósito de una divagación sobre arquitectura italiana (*HE*, 22). El divino Shakespeare aparece, junto a Homero, Dante, o Beethoven, como paradigma de la genialidad humana que sería capaz de describir las emociones con que la sinfonía épica y guerrera "suspende el alma" (*HE*, 205). Hay incluso un lugar para Lord Bacon, a propósito de un chascarrillo muy conocido, que Ayala dice haber visto en periódicos ingleses y haber oído en Inglaterra, además de en otras varias naciones (*HE*, 177 s.) (7). Incluso el idioma inglés está representado en el contexto comparativo romano-británico:

(7) También volvería Ayala a ocuparse de este famoso chiste, que ha leído en Lord Bacon, en varias ocasiones posteriores: por ejemplo, en el artículo "Chascarrillos. El del Barbero" (*ABC*, 21-V-58).



Si en el idioma inglés se suprimieran de pronto las voces latinas, los ingleses se verían imposibilitados de expresar la mayor parte de sus ideas y hasta de valerse en los menesteres cotidianos de la vida (HE, 15).

Y, sobre todo, Whitman. A Ayala, que escribe este libro con el corazón, con entrega y *pathos*, se le aparece la noble figura del bardo americano en un lejano horizonte de paz, amor, tolerancia, democracia... La ensoñación había tenido lugar durante un viaje por el frente alpino, en automóvil. Recordemos aquí que Walt Whitman es el gran favorito norteamericano, dentro de los poetas, de Ayala. Ya en 1903 había escrito algunas líneas de gusto inequívocamente whitmaniano. Ocho años más tarde, finalizaría *A.M.D.G.* con un canto a la naturaleza traducido de Whitman. Volvería a traducir fragmentos de *Song of Myself* en *Troteras y danzaderas* (1913). Del año siguiente es "Doctrinal de vida y naturaleza", otra poesía whitmaniana. Y, en fin, durante el verano de 1915 escribiría *El sendero innumerable*, el libro poético whitmaniano por excelencia y, en mi opinión, el más logrado de todos sus volúmenes de poesía. Ahora, tras recordar el "admirable volumen crítico" de John Addington Symonds sobre Whitman (se refiere a *Whitman: A Study*, de 1893), afirma lo siguiente acerca del bardo de Manhattan:

Este poeta considera que él mismo es todo el universo, o, por mejor decir, que todo el universo se compone de un cúmulo de actividades teleológicas, cuyo fin último es uno mismo: porque entiéndase que Walt Whitman habla por sí y por todos los hombres, y cuando habla de sí propio, se refiere al hombre, a cada hombre (HE, 201 s.) (8).

Y traduce algunas líneas del Canto 44 de *Song of Myself* (9):

(8) Coincide Ayala en sus apreciaciones con lo que a propósito de Whitman han escrito la mayor parte de los estudiosos de su poesía: vid. por ejemplo el clásico estudio de D. H. Lawrence, "Whitman", en *Studies in Classic American Literature* (1924) y las obras de Gay Wilson Allen (*Walt Whitman Abroad*, 1955; *Walt Whitman Handbook*, 1957; *Walt Whitman*, 1961). Richard Chase (*Walt Whitman Reconsidered*, 1955), Geoffrey Dutton (*Whitman*, 1961), etc.

(9) Doy a continuación los versos traducidos por Ayala, indicando igualmente el original inglés con el número de la línea correspondiente. Sigo el texto de Whitman por *The American Tradition in Literature*, Bradley e.a. eds., New York, Norton, 1967, vol. 2, p. 77 s.



"Yo soy la cúspide de todas las cosas realizadas y la génesis de las que se han de realizar" (I am an acme of things accomplished, and I am encloser of things to be, 148).

"Allá, en las lejanas profundidades, veo la disforme primera Nada. Y sé que ya estaba yo allí" (Afar down I see the huge first Nothing, I know I was even there, 1153).

"Invisible siempre, aguardé dormido, a través de la niebla letárgica" (I waited unseen and always, and slept through the lethargic mist, 1154).

"Inmensas han sido las preparaciones hasta mí" (Immense have been the preparations for me, 1157).

Los siglos condujeron mi cuna, remando y remando como alegres remeros" (Cycles ferried my cradle, rowing and rowing like cheerful boatmen, 1159).

"Las estrellas se mantienen inmóviles en sus órbitas para hacerme sitio en el mundo" (For room to me the stars kept aside in their own rings, 1160).

"La primera nebulosa se solidificó en forma de orbe, para sostener mi embrión" (My embryo has never been torpid, nothing could overlay it. For it the nebula cohered to an orb, 1163 s).

"Los alongados y hondos estratos se alinearon luego para hacer pavimentos a mi embrión" (The long strata piled to rest it on, 1165).

"Vastos vegetales le dieron sustento" (Vast vegetables gave it sustenance, 1166).

"Saurios monstruosos le transportaron en sus bocas y lo depositaron cuidadosamente" (Monstruous sauroids transported it in their mouths and deposited it with care, 1167).

"Aunque con aspecto desapoderado y selvático, las ideas que expresa son ideas raíces del alma humana, si bien de ordinario dormitan disimuladas entre "la niebla letárgica de la subconsciencia", escribe Ayala a continuación, captando perfectamente el carácter que la crítica suele llamar de "visionario" y de "profeta" del bardo americano. "No cabe duda de que Walt Whitman es sublime", concluye Ayala, en un tono y empleando un adjetivo que no son precisamente muy comunes en el hipercrítico escritor.

Ayala une, pues, a Italia —el país de la belleza— con Inglaterra —el país de la libertad— en comunidad de sentimientos liberales y aliadófilos, sentimientos que, andando el tiempo, desaparecida ya la coyuntura aliadófila pero no el liberalismo básico, habría de poner al servicio de otra causa:



la de la II República española, que pronto le nombraría embajador en Londres, capital en la que uno de sus mejores amigos sería, no casualmente, el embajador de Italia.

SIGLAS QUE SE UTILIZAN (OBRAS DE PEREZ DE AYALA)

- CRA *50 años de cartas íntimas (1904-1956) a su amigo Miguel Rodríguez Acosta*, Madrid, Caja de Ahorros de Asturias, Ed. Castalia, 1980. Edición, introducción y notas de A. Amorós.
- HE *Hermann, encadenado*, Madrid, Renacimiento, 1924 (Obras Completas de Ramón Pérez de Ayala, vol. IX).

